



CUADERNOS DE TRABAJO

LAS DESIGUALDADES DEMOGRÁFICAS DEL MUNDO RURAL EN ESPAÑA: UN ACERCAMIENTO AL PROBLEMA DE LA DESPOBLACIÓN A TRAVÉS DE LAS DINÁMICAS MIGRATORIAS Y LAS PAUTAS FAMILIARES

Diego Baeza Casado
Tutor: Rafael González Fernández

Grado en Sociología
2019



Universidad Complutense de Madrid
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología



Índice

I.	INTRODUCCIÓN	000
II.	TEORÍA DE LA TRANSICIÓN TERRITORIAL.....	000
III.	MIGRACIONES.....	000
	3.1. Las migraciones en España: Del siglo XIX hasta los años ochenta.....	000
	3.2. Los patrones migratorios de la última etapa.....	000
	3.3. Commuting	000
IV.	ESTRUCTURA DEMOGRÁFICA	000
	4.1. La generación soporte.....	000
	4.2. Masculinización del medio rural	000
V.	FAMILIA, ACTIVIDAD PRODUCTIVA Y GÉNERO	000
	5.1 Familia y sector agrario: Estrategias de sucesión en explotaciones familiares.....	000
	5.2 Actividades no agrarias y sus dinámicas de género	000
	5.3 Estrategias familiares de migración en población “inmigrante”	000
VI.	LA DIVERSIDAD DEL MEDIO RURAL	000
VII.	CONCLUSIONES.....	000
VIII.	BIBLIOGRAFÍA.....	000
IX.	ANEXO	000



I. INTRODUCCIÓN

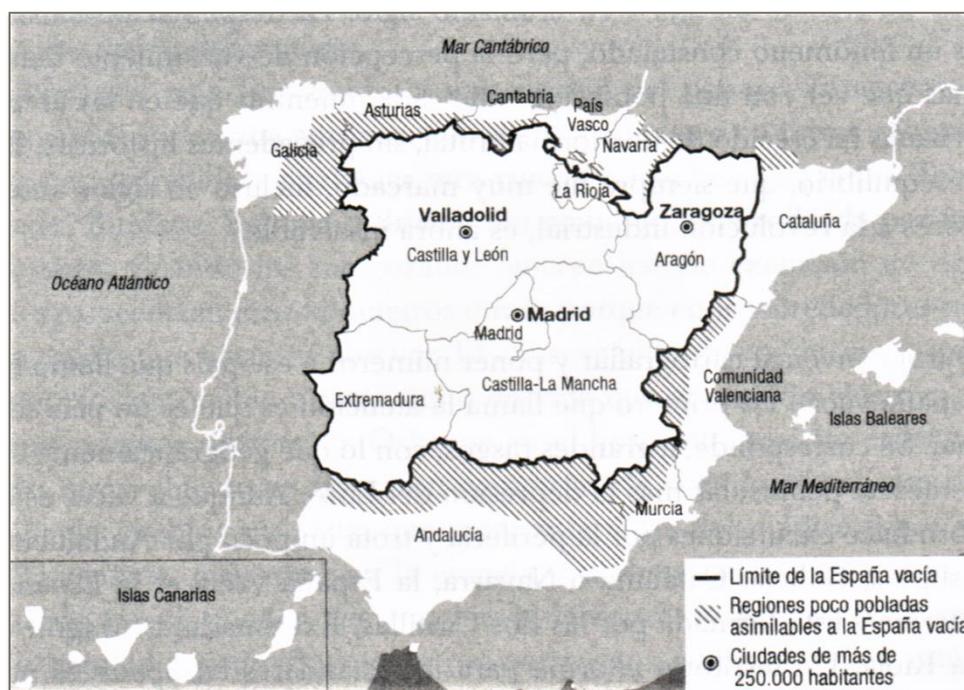
El término *despoblación* refiere directamente a la baja densidad de población de un territorio. A nivel operativo, esto se materializa relacionando el tamaño de dicho territorio (en km², normalmente) con el número de habitantes.

La despoblación de gran parte del país es un tema que ya ocupaba y preocupaba a la sociología rural española desde su nacimiento en los albores de la Transición Española. Es más, tal y como indicaba recientemente Luis Camarero (VV.AA., 2019),

la despoblación del centro peninsular lleva siendo objeto de atención más allá del siglo XIX. Aun así, hay que reconocer el mediático impacto que tuvo *La España Vacía*, de Sergio del Molino, para poner la situación en el debate público en 2016.

Sergio del Molino recoge algunos datos que justifican perfectamente la pertinencia de esta pequeña revisión bibliográfica acerca de la despoblación en España. En los siguientes gráficos, se muestra el área que denomina *España Vacía* y se compara su superficie con su población.

Mapa 1. La España Vacía



Fuente: Del Molino, 2016: 38

Tabla 1. Comparación entre superficie y porcentaje de población de España y de la España Vacía

	Superficie (km ²)	% superficie	Población	% población
España	504.645	100	46.449.565	100
España vacía	268.083	53,12	7.317.420	15,75
España vacía*	-	-	4.636.050	9,98

*Sin capitales de provincia

Fuente: Del Molino, 2016: 39

La España Vacía dibujada por Sergio del Molino, que excluye Madrid, abarca el 53,12% del territorio y solamente albergaba el 15,75% de la población en 2014. Como señala, “sólo hay una ciudad que supera el medio millón de habitantes, Zaragoza. La segunda más importante, Valladolid, tiene 300.000. El resto vive en núcleos de menos de 200.000 habitantes” (Del Molino, 2016: 39). Si se excluyen las capitales de provincia, los datos de población bajan aún más.

A la contra, resulta que “el 84,4% de los españoles viven apretados en el 48% del territorio” (Del Molino, 2016: 39). Esto incluye Madrid y su área metropolitana, donde llega a acumularse el 13,7% de la población, casi la misma que vive en la España Vacía. Por otro lado hasta un 70,7% de la población se concentra en las costas, especialmente en la levantina (Del Molino, 2016: 40).

Sergio del Molino compara la situación de España con la de otros países europeos, viéndose un gran desfase en los modelos de hábitat, aunque llegados a este punto parecen suficientes los datos para dejar constancia del alcance que tiene este *desequilibrio demográfico* en la distribución de la población en el país. Pero... ¿A qué se debe? ¿Cuáles son los factores han propiciado esta situación? ¿Siguen actuando? ¿Qué panorama social nos deja esta realidad? ¿Refleja el mapa antes visto la situación demográfica de España de forma satisfactoria? Trataremos de resolver estas preguntas desde las aportaciones de la sociología rural española.

II. TEORÍA DE LA TRANSICIÓN TERRITORIAL

La *teoría de la transición demográfica* trata de abordar los “cambios demográficos como efectos de una estructura económica y social subyacente” (García y Otero, 2012: 138). Esta explicaría las distintas fases de crecimiento vegetativo, resultantes de la variación de la mortalidad y la fecundidad. Así, el crecimiento aumenta paulatinamente hasta alcanzar un gran nivel de presión demográfico para después llegar a un nivel equilibrado. Paralelamente, existe

otra teoría que, en función de los mismos componentes socioeconómicos, trata de explicar las importantes redistribuciones de población sobre el territorio. Esta es la *teoría de la transición territorial*.

García y Otero (2012: 135- 139) señalan que surge a partir de las teorizaciones sobre los *ciclos urbanos*, que básicamente apuntan la existencia de un proceso circular con “diferentes tipos dominantes de migración y residencia”. Desde este enfoque, autores como Rogers, Keyfitz y Jan de Vries desarrollan la llamada *transición urbana*, señalando “una posición inicial de equilibrio en el crecimiento de los espacios urbanos y rurales, una segunda fase de intensa concentración metropolitana y una final de reequilibrio entre los hábitats iniciales”. Aunque olvidan los procesos de suburbanización y creación de nuevas áreas urbanas, están en la dinámica que otros autores han desarrollado entorno a “la secuenciación del crecimiento y decrecimiento urbano ligado a determinados ciclos económicos y tecnológicos, principalmente en Europa y Estados Unidos”.

Más allá de la transición demográfica, esta teoría también se apoya en otros modelos estrechamente relacionados. Por ejemplo, la *teoría de los estadios económicos*, desde la que ya los clásicos Smith o Ricardo postulaban el relevo del sector primario como eje de la economía y la sociedad en favor del sector industrial, viéndose después en el siglo XX el abandono de este sistema socioeconómico por un modelo terciarizado. Otro pilar fundamental es la *teoría de la transición migratoria*, de Zelinsky y otros. Postula cinco fases en los flujos migratorios, de forma que la primera sería el puro nomadismo. En la segunda, las migraciones consistirían en la “búsqueda de un lugar para vivir”. En la tercera, la emigración tendría su base en motivos laborales y el destino sería “urbano e industrial (éxodo masivo y concentración urbana). Por último, el cuarto nivel refiere a una migración residencial, donde el lugar de trabajo y de residencia ya no están necesariamente asociados. Lo que se busca en la migración es la calidad de vida y la movilidad será cada vez mayor.

En España, autores como Camarero, Dalda, García Docampo, Recaño o Cabré han atendido las migraciones y reestructuraciones demográficas internas desde enfoques afines a la teoría de la transición territorial.

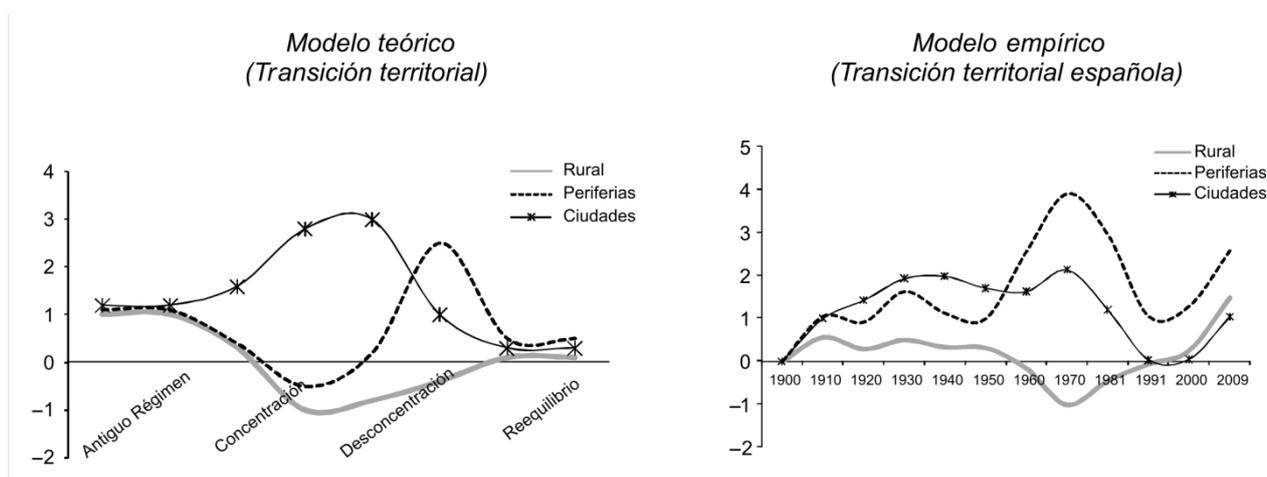
García y Otero, por su parte, se encargan de comprobar el ajuste de la teoría con el caso español, de forma que obtienen los siguientes resultados analizando el crecimiento demográfico de las distintas áreas:

En su análisis (García y Otero, 2012: 142-157) nos cuentan cómo, efectivamente, el periodo entre 1919 y 1930 puede considerarse como la fase de equilibrio. Entre 1930 y 1960, “el rural pierde dos millones de personas al mismo tiempo que las ciudades ganan tres millones y medio de efectivos”, aunque las periferias todavía no son relevantes. Es entre 1960 y 1980 cuando “las ciudades ganan más de siete millones de habitantes en veinte años, a los que habría que sumar otros cinco millones de crecimiento experimentado en sus periferias; el rural, por su parte, pierde tres millones de efectivos”. Es decir, es en este periodo donde se da claramente la fase de *concentración*. Desde 1980 hasta el año 2000 se ve el declive demográfico en las ciudades, que llegan a

mantener su población a duras penas a la vez que las áreas rurales dejan de perder tan rápido como hasta ese momento. García y Otero identifican este periodo con la fase de *desconcentración*. Su análisis llega hasta la primera década del siglo XXI, en la que se aprecia “un crecimiento simultáneo, acompasado, y mucho menos extremo, de los tres hábitats contemplados”. Señalan aquí el comienzo de la fase de *reequilibrio*. Para el último estadio, que es el que más nos interesa dado que el presente trabajo pretende acercarse a la situación actual, los autores señalan que las áreas rurales “no tienen muchos más efectivos para expulsar y, por lo tanto, solo cabe esperar una estabilización de sus tasas de (de)crecimiento”.

Ante semejante situación de re-equilibrio en el ámbito nacional, cabe preguntarse... ¿Puede esto generalizarse para todo el territorio? García y Otero (2012: 150) indican que no, ya que “existen provincias que todavía están en una fase centrípeta, mientras que otras se encuentran ya en los albores de la fase de equilibrio”. Su hipótesis es que “en algunas regiones la debilidad del fenómeno urbanizador puede conllevar la inexistencia del subsiguiente proceso de desconcentración”. Dados los diferentes ritmos de re-equilibrio, apuntan a la posibilidad de que la transición no se vaya a producir en todas

Gráfico 1. Comparativa entre modelo teórico de transición territorial y el caso español



Fuente: García y Otero, 2012: 156

las provincias. Todo parece indicar una relación entre este *desigual re-equilibrio* poblacional con el vacío del interior (a excepción de Madrid) y con la concentración en las costas, especialmente en el Levante, tal y como nos muestra el mapa de Sergio del Molino.

III. MIGRACIONES

En la transición territorial influyen muchos otros procesos, como los relacionados con la transición demográfica, la sucesión de estadios económicos o la evolución de la transición migratoria. Para el caso de España, resulta especialmente interesante adentrarse en el desarrollo de las migraciones. Al estar tan especialmente relacionados todos los procesos nombrados, podemos usar las migraciones para generar un hilo conductor desde el que explicar la situación actual de desequilibrio.

En España, el estudio de las migraciones se ha centrado particularmente en el conocido como éxodo rural, la masiva estampida humana desde las zonas rurales del interior hacia los focos industriales y turísticos de España que se produjo a mediados del siglo XX. Pero, en este punto, Giner y Salcedo (1976: 120-123) advirtieron hace ya muchos años que “el número de factores políticos, sindicales, de coaliciones internacionales, ideológicos y demográficos que entran en juego modificando profundamente los factores económicos que alguno podría considerar como iniciales”. Añadían además que “ninguna sociedad es un sistema cerrado” y que incluso las migraciones internas de esos años hay que considerarlas como “parte inseparable de los flujos de mano de obra transpirenacos, según las condiciones del mercado, la situación política, etc.” De esta forma, nos confirmaban la posibilidad de acercarnos al complejo conjunto de factores que han llevado a la actual situación demográfica a través del análisis de las migraciones.

3.1. Las migraciones en España: Del siglo XIX hasta los años ochenta

En su detallada obra *Del éxodo rural y del éxodo urbano*, Camarero hace un repaso de las teorías migratorias fundamentales para después adentrarse en los datos del caso español y, especialmente, en el período más cercano a la publicación del libro (1993).

Camarero (1993: 175-197) comienza explicando las fases anteriores a la actual. La primera correspondería con el antiguo régimen demográfico, un estadio de la transición demográfica donde el crecimiento poblacional es pequeño y las catástrofes y epidemias actúan como frenos naturales. Debido principalmente a los sistemas de herencia que favorecen al primogénito, gran cantidad de personas se ven directamente expulsadas de sus pueblos, especialmente en periodos de crisis. La particularidad aquí es que durante el siglo XIX tuvieron mayor importancia en el despoblamiento rural los destinos ultramarinos que las ciudades peninsulares.

El crecimiento urbano, por su parte, comienza en Bilbao, Barcelona y Madrid a mediados del siglo XIX, siendo al final de este cuando las capitales de provincia se consolidan. Camarero recoge de García Barnacho que es a partir de 1910 cuando despuntan las capitales de provincia. Para esta época, surgen las primeras áreas de despoblación, sobre todo zonas agrarias de montaña. No es hasta 1920 cuando “la emigración interior hacia las ciudades comienza a desplazar a la emigración ultramarina” (Camarero, 1993: 190). Este podría haber sido el comienzo de la fase de concentración según la transición territorial, pero pronto llegan la Guerra Civil Española y la II Guerra Mundial, rompiendo las tendencias y llevando las tasas de crecimiento de las principales ciudades hacia un fuerte descenso.

Durante los años cuarenta, las migraciones quedan paralizadas por la posguerra. Camarero apunta hacia el proceso de desagrarización de los años cincuenta y sesenta del país como reactivador de la emigración rural. Por otro lado, tiene especial impacto la reapertura a Europa con el Plan de Estabilización de 1959. El éxodo rural pasa a ser también exterior, ya que Europa demanda mano de

obra barata para su reconstrucción. Aquí vemos datos elaborados por Camarero sobre el volumen de emigrados durante las tres décadas más fuertes del éxodo rural:

En los años sesenta, apogeo de este éxodo rural, se dan distintos modelos de creación y transformación de áreas urbanas. Camarero recoge los siguientes de Martín Moreno y De Miguel. Por un lado estaría el de “concentración, en el que incluyen la cora madrileña y la vascoantábrica, mientras que en el resto del territorio puede hablarse de *desconcentración* urbana con dos modelos: *Desurbanización relativa* en Andalucía, donde el crecimiento de la población no agraria es bajo, y *Difusión* en las coras catalanoaragonesa, valencianomurciana y gallega, modelo caracterizado por la aparición de pequeños núcleos industriales, principalmente en las dos primeras” (Camarero, 1993: 195). Podemos incorporar la apreciación de que estos modelos son fundamentales, ya que a día de hoy siguen estando vigentes en España y siguen condicionando las pautas migratorias, como mostraremos más adelante a través de los tipos de hábitat que Camarero construye.

Tras la época de máximo abandono de los pueblos, Camarero muestra cómo las cifras se fueron reduciendo durante los setenta y los ochenta. En esta última década, la emigración y la inmigración en el medio rural quedan próximas al llamado *saldo cero*. Aún así, conviene recordar que la situación es de una redistribución desigual de las migraciones.

3.2. Los patrones migratorios de la última etapa

Para explicar esta redistribución de las migraciones a partir de los años 80, Camarero (1993:

197-277) distingue varios tipos. En primer lugar, encontramos la *movilidad intrarrural*, que refiere al “conjunto de cambios de residencia sin que exista variación entre el estrato de tamaño del municipio de origen y el de destino” (Camarero, 1993: 223).

Tradicionalmente esta movilidad era elevada por la búsqueda de exogamia en el matrimonio. Otros factores como los trabajos agrarios estacionales provocaban también grandes movimientos. La situación actual ha desarticulado estos elementos, por la ausencia de parejas jóvenes y por la mecanización agraria, respectivamente, pero ha generado otras dinámicas. Camarero señala un apunte de Pérez Díaz en el que habla de *sustitución*, de forma que los inmigrantes de flujos internacionales (de procedencia rural) sustituyen a parte de la población perdida en algunas zonas. Se refiere especialmente a trabajadores agrarios, avisando ya en aquellas épocas el peso que podrían tener las personas venidas de Europa del Este, África o América Latina.

En cuanto a la distancia, la movilidad intrarrural de los noventa es de corto recorrido, sin cambios de región. Donde parece darse más es en la zona Norte-Noreste debido a procesos de concentración, en los que se abandona la alta montaña. En lo que respecta a la emigración de largo recorrido, consiste básicamente en la emigración desde el interior hacia el Mediterráneo. No se puede obviar que el factor clave aquí es el modelo urbanístico difuso orientado hacia el sector turístico, que se puso en marcha desde los años sesenta. En este caso es importante la movilidad estacional, pero esta se va convirtiendo en permanente poco a poco. Cabe destacar que, salvo excepciones, los flujos se dan entre regiones cercanas.

Tabla 2. Saldo migratorio rural-urbano por tamaño de identidad

	Menores de 2.000	De 2.000 a 10.000	Mayores de 10.000
1950-60	-1.439.905	-432.279	+972.724
1960-70	-2.154.269	-909.412	+2.629.492
1970-81	-1.285.027	-757.412	+1.788.313

Nota: Solo población entre 10 y 64 años, en la fecha inicial

Fuente: Camarero, 1993: 195

El segundo tipo de migración que atiende Camarero es la movilidad intraurbana, pero no nos detendremos en este aspecto. Pasamos, entonces, al movimiento de *urbanización* o de *desruralización*, es decir, el clásico éxodo rural. Esto recoge “los cambios de residencia con origen en municipios menores de 20.000 habitantes y con destino en municipios de tamaño superior a 20.000 habitantes” (Camarero, 1993: 239).

Este tipo de emigración, mayoritaria en el mundo rural de los noventa, conlleva recorridos más largos, aunque siempre buscando la mayor proximidad posible. Precisamente, son “las comunidades más cercanas a Madrid las que generan una movilidad de mayor recorrido, hecho debido paradójicamente a su cercanía al área metropolitana y a la reducida trama urbana de estas comunidades” (Camarero 1993: 243). La situación nos lleva a recordar a García y Otero (2012: 150) cuando, al explicar los desequilibrios de la última fase de la transición territorial apuntaban que “en algunas regiones la debilidad del fenómeno urbanizador puede conllevar la inexistencia del subsiguiente proceso de desconcentración”. En cualquier caso, el destino principal de la desruralización de largo recorrido es el litoral mediterráneo, poniendo de nuevo en evidencia la orientación postindustrial del país, enfocada en gran parte hacia el turismo. Madrid supone también un destino crucial para las regiones cercanas, así como Castilla y León para las zonas montañosas del norte.

Por último, Camarero analiza el movimiento de *ruralización* o de *desurbanización*, que responde a “los cambios residenciales habidos desde municipios mayores de 20.000 habitantes hacia los menores de 20.000 habitantes (Camarero, 1993: 250). En cuanto a los distintos movimientos de ruralización, están los de *retorno* y los de *retiro*, de forma que en el último no se vuelven a los pueblos de origen, sino que hay un desplazamiento hacia áreas residenciales. Además de la inmigración por motivos *laborales*, encontramos aquí la *contraurbanización*. En este proceso, la expansión metropolitana hace crecer los pueblos de su área de influencia. Dicho

movimiento provoca importantes cambios sociales al introducirse sistemas de valores urbanos.

La dinámica existente en torno a las áreas metropolitanas lleva a Camarero (1993: 253) a afirmar que se mantiene la “tendencia a la concentración poblacional, si bien se trata de una concentración de carácter más difuso, de carácter más regional”. Esta afirmación puede considerarse una importante matización con respecto a la actual situación del país en la transición territorial. La nitidez que nos ofrecen los conceptos de *desconcentración* y *reequilibrio* se vería diluida en la complejidad que arroja el de *concentración difusa*. De esta forma, para Camarero (1993: 256) “la ruralización no es exactamente una devolución de la población al campo, sino la *generación de una nueva ruralidad*. El medio rural se fragmenta, coexistiendo un medio rural que sigue despoblándose en contraste con otro inmerso en un proceso de crecimiento y transformación cualitativa”.

Baleares, Navarra y Cataluña eran en 1986 las regiones que más emigrantes urbanos emitían y más emigrantes rurales acogían, comprobándose de nuevo que el repoblamiento rural se da en función del grado previo de urbanización. Aparecen como factores clave la industria turística y el carácter de área residencial de las regiones, así como la existencia de agricultura, agroindustria y pequeña industria en según qué zona, como por ejemplo Navarra.

La desurbanización de largo recorrido, de menor importancia, afecta principalmente a las grandes metrópolis, como Madrid, Barcelona o Bilbao. Esta situación puede explicarse en buena medida por el *retorno*, pero no es suficiente. La atracción hacia el litoral mediterráneo y andaluz indica que gran parte de esta emigración tiene su raíz en la “búsqueda de áreas de descanso una vez terminada la etapa activa” (Camarero, 1993: 258), es decir, es emigración de *retiro*. En cualquier caso, no hay que perder de vista que la mayoría de flujos se dirigen a regiones vecinas.

Al poner en común todos estos tipos de movimientos, Camarero (1993: 266) encuentra que “en el interior peninsular el crecimiento urbano se produce por el despoblamiento rural, pero a su vez las áreas urbanas del interior pierden población en favor de las áreas urbanas mediterráneas (movilidad interurbana) y estas últimas se hallan inmersas en un fuerte proceso de desurbanización en favor de sus áreas rurales. En definitiva, la población se concentra y a la vez se ruraliza en el Mediterráneo”.

La descripción de todos estos patrones por Luis Camarero en 1993 puede parecer algo lejana en el tiempo. Desde otro punto de vista puede afirmar que, al menos en gran medida y obviando los cambios en las cifras, las tendencias migratorias y sus explicaciones siguen siendo útiles a día de hoy. Si nos situamos en el marco de la transición territorial a través del análisis de García y Otero realizado en 2012, las tendencias que Camarero marca parecen casar con la situación actual. El mundo rural y el urbano crecen de forma continuada y semejante, mientras que las periferias hacen lo mismo pero en unos niveles más altos. En definitiva, seguimos en un proceso de concentración, pero más difuso y regional, tal y como apunta Camarero.

3.3. Commuting

En este capítulo hay que añadir un último factor, que resulta ser fundamental en cuanto a movilidad se refiere a día de hoy. El *commuting*, fruto de la misma desagrarización que en un primer momento expulsó al éxodo a millones de personas, es hoy una práctica que fija población en el medio rural. El término refiere al movimiento de quienes “recorren a diario una distancia importante para trabajar en un lugar distinto del que residen” (Camarero et al., 2009: 45). A partir del censo de 2011, García Sanz (2013: 26-29) apunta que las personas que “residen en pueblos rurales y trabajan fuera” llegan hasta el 44%. En este aspecto, el *commuting* afecta más a los hombres y a los jóvenes. Además, se asocia con niveles mayores de formación y posiciones laborales elevadas. Por supuesto, también influyen las características de cada pueblo y, sobre todo, de cada región. Madrid, el País Vasco, Cantabria, Navarra

y la Comunidad Valenciana tienen los niveles más elevados por ser las zonas con mayor densidad poblacional y mayor desarrollo económico. Podemos verlo en la tabla 3 [en anexo], que recoge datos del censo de 2011.

García Sanz (2013: 28) pone especial interés en la integración del mundo rural con el urbano, que ilustra en la tabla 4 [en anexo]. De nuevo, las comunidades con mayor integración son aquellas más densamente pobladas. Este fenómeno queda explicado por tres distintos motivos según la región: Para Madrid y Cataluña, se explica por la existencia de comunicaciones de cercanías; En el País Vasco y Navarra, por el alto grado de industrialización del medio rural y, por último, la actividad agraria que parte de la población urbana sigue desempeñando sería la causa en Cantabria y la Comunidad Valenciana.

IV. ESTRUCTURA DEMOGRÁFICA

Ya hemos tratado qué es la despoblación. También hemos analizado cómo se ha ido produciendo y cómo ha quedado distribuida la población en España. Por la naturaleza misma de las migraciones, hemos podido acercarnos a la evolución de los demás factores que han influido en la situación actual, como la terciarización y turistificación de la economía o los estilos urbanos de cada zona. Ahora la pregunta es otra... ¿Qué estructura demográfica deja todo esto en el mundo rural?

4.1. La generación soporte

Acudimos de nuevo a Luis Camarero. En *La población rural de España. De los desequilibrios a la sostenibilidad social*, publicado en 2009, aborda esta cuestión junto con Fátima Cruz, Manuel González, Julio A. del Pino, Jesús Oliva y Rosario Sampedro. El hilo conductor es el seguimiento de la que denominan como *generación soporte*. Esta es la formada por las personas nacidas entre 1958 y 1977 “en pueblos y pequeños municipios. Y también, aquellos que, de la misma generación, se fueron a

vivir a zonas rurales” (Camarero et al., 2009: 29). Esta consideración se debe “a su actual posición central en la estructura demográfica, a su importancia numérica respecto a las generaciones anteriores y posteriores y al papel de cuidadores de mayores y pequeños, y su implicación en la actividad económica y dinámica social de las áreas rurales” (Camarero et al. 2009: 31).

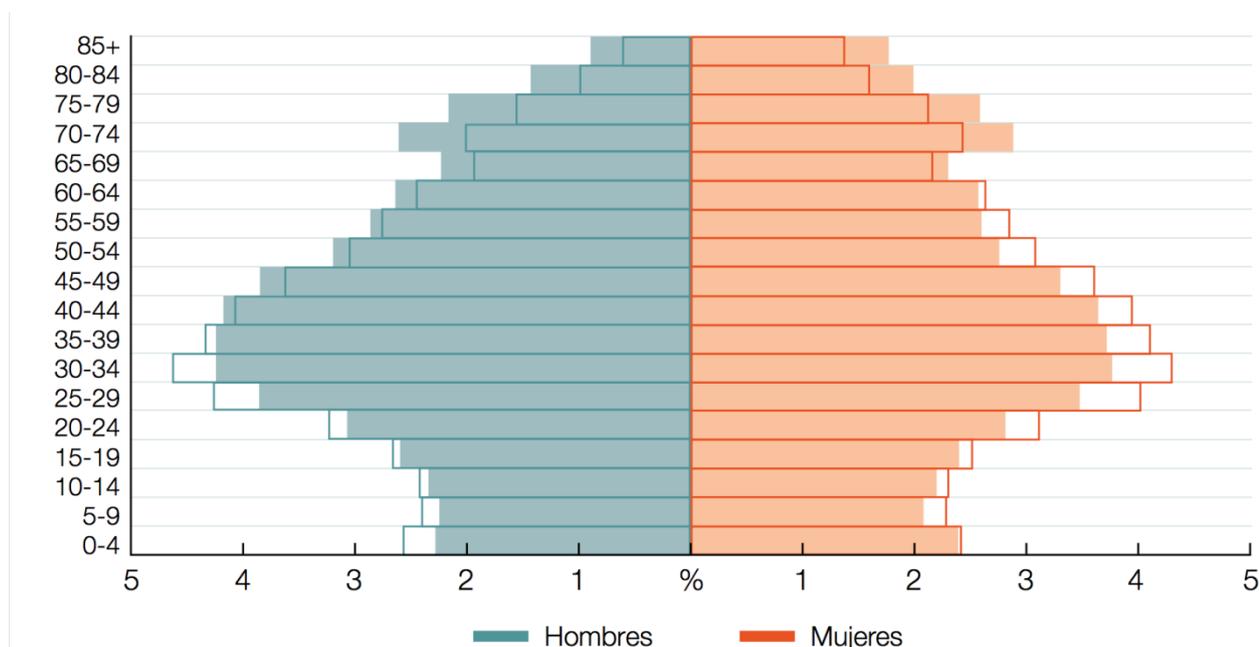
Camarero et al. (2009: 30-40) indican que la existencia de la generación soporte tendría su origen en tres elementos fundamentales. El primer vacío generacional se explica por el éxodo rural de los nacidos durante la guerra. Por otro lado, la amplitud de la generación soporte se explica por el *baby boom* (incremento de la natalidad entre 1961 y 1966); son la descendencia de los no emigrados. Finalmente, encontramos otro gran vacío en las generaciones posteriores a la de soporte debido a la constante caída de la natalidad o *baby bust*. Así, “la población rural se hace cada vez más recesiva y las cohortes que hoy serán la generación soporte van adquiriendo importancia numérica” (Camarero et

al., 2009: 32). El grado de envejecimiento de la población española es considerable, pero el medio rural va un paso más allá, de forma que “los pobladores rurales, o bien son ancianos, mayores de 70 años, o bien pertenecen a la generación soporte” (Camarero et al. 2009: 33).

A través del siguiente gráfico, podemos observar la importancia y configuración de la generación soporte en 2007, así como el sobre-envejecimiento de la sociedad rural y los efectos del descenso de la natalidad.

A pesar del alto grado del sobre-envejecimiento, hay que hacer un importante apunte, ya que también es cierto que con el tiempo han ido llegando a ancianas las “generaciones pequeñas por efecto de la emigración rural” (Camarero et al., 2009). Además, hay que tener en cuenta el impulso que ha tenido la generación soporte “por la llegada de nuevos residentes, que refuerzan la población en las edades intermedias” (Camarero et al., 2009).

Gráfico 2. Población rural en 2007



Nota: La figura sin color es la estructura demográfica de España en su totalidad

Fuente: Camarero et al. 2009: 35

En cuanto a la importancia del tamaño del municipio, el análisis de Camarero et al. (2009: 37) apunta a que “es necesario descender a tamaños menores de 1.000 habitantes para observar mayores diferencias respecto al modelo general”. A partir de este estrato, “el envejecimiento se hace más patente y la masculinización rural se acentúa”. Afirman incluso que “en municipios muy pequeños estamos ante una generación soporte en estado puro”, siendo su importancia “aún mayor si cabe que en las áreas rurales de mayor tamaño”. En la tabla 5 [en anexo], podemos ver que la media de edad en los municipios rurales, según datos provisionales del padrón continuo de 2019, se sitúa justo en la edad de la generación soporte y, tal y como harían esperar las dinámicas antes señaladas, la media de edad aumenta cuanto menor es el municipio.

También es altamente ilustrativo el gráfico 3 [en anexo] para contemplar hasta qué punto los nuevos residentes engrosaban las filas de la generación soporte en el medio rural según el censo de 2001. En el gráfico se aprecia claramente que los nuevos residentes son jóvenes, moderando así el sobrevejecimiento, pero “la natalidad no crece aun cuando ha aumentado el peso de las generaciones en edad genésica” (Camarero et al., 2009: 35). Su capacidad de soporte demográfico es limitada, a lo que hay que añadir que “no tienen vinculación, fundamentalmente familiar, con las generaciones superiores y en este sentido su dedicación y atención a una población fuertemente envejecida y dependiente probablemente también sea menor” (Camarero et al., 2009: 35).

El otro elemento que hay que tener en cuenta es la evolución de la presencia de los nuevos residentes. Camarero (2017: 28-29) indica que los más numerosos en el medio rural son extranjeros, los llamados “inmigrantes”. Es preocupante que su ya limitado efecto soporte se ve más reducido todavía por la crisis económica que, desde el 2007, les empuja hacia las ciudades. De cualquier manera, hay que recordar que el carácter familiar de estos nuevos residentes sí ha sido fundamental a la hora de mantener servicios como la educación, a pesar de que su

aporte a la natalidad no sea suficiente para la sostenibilidad demográfica.

4.2. Masculinización del medio rural

A través de las páginas anteriores llegamos al planteamiento de que “el problema no es de número, sino de equilibrio generacional y (también de género)” (Camarero, 2017: 27). Ese perspicaz paréntesis introduce perfectamente el otro gran desequilibrio que han dejado las migraciones en el mundo rural español. Se denomina *masculinización* al “déficit de mujeres respecto a la proporción que naturalmente debiera existir entre los dos sexos” (Camarero et al., 2009: 50). Este fenómeno, que podemos observar con facilidad en la pirámide de población del Gráfico 2, trastoca especialmente la sostenibilidad social cuando se concentra en edades estratégicas como la generación soporte o las generaciones en edad genésica. Camarero et al. (2009: 51) apuntan que la masculinización afecta no solo en “el sostenimiento demográfico de la población mediante la fecundidad, sino también en el equilibrio emocional y el bienestar social de las personas”. No se puede obviar, en este sentido, que las mujeres soportan en mayor medida las tareas de cuidados y en especial los requeridos por la población dependiente.

Camarero et al. (2009: 50-51) señalan que Sorokin y Zinnerman, clásicos para la sociología rural, ya recogían este fenómeno a principios del siglo XX. En un eje de factores *pull*, indican “una mayor “atracción” de las mujeres por la bulliciosa y colorista vida urbana” desde un punto de vista cuestionablemente psicologista. También afirman, eso sí, la existencia de una demanda de mano de obra específicamente femenina en un contexto de creciente importancia del sector manufacturero y especialmente del de servicios. Además, en el eje de factores *push*, hacen hincapié en el sistema de agricultura familiar de la época, en el que la herencia era exclusiva de los varones. La mujer, por su parte, tenía reservado el espacio doméstico y su participación en la actividad agraria era por vía familiar.

Nos fijamos ahora en las tendencias actuales, que muestran que a la vez que el éxodo rural dismi-

nuye en términos generales, “la emigración femenina rural se mantiene, coincidiendo con un cambio en [...] la economía española hacia un mayor peso de las actividades terciarias y de servicios” (Camarero et al., 2009: 55-56). Es decir, a día de hoy siguen existiendo elementos que impulsan a la mujer rural hacia la emigración en mayor medida que al hombre. También están relacionados con la familia y la actividad económica, pero el devenir del tiempo ha traído otros elementos nuevos y otras formas en que todos ellos se interrelacionan, lo que veremos en el capítulo siguiente.

VI. FAMILIA, ACTIVIDAD PRODUCTIVA Y GÉNERO

Anteriormente, hemos constatado que las características de las familias y las actividades productivas de una región influyen profundamente en las relaciones de género y en las migraciones. Exploramos a continuación distintas formas en las que estos factores se configuran.

6.1. Familia y sector agrario: Estrategias de sucesión en explotaciones familiares

Camarero (2014: 76) señala que solo un 5,5% de los hogares en España tienen vinculación con actividades agrarias. Entre ellos, las personas relacionadas con este tipo de explotación dentro de las familias son principalmente asalariadas (669.536 hogares en 2014). Encontramos también a los que Camarero categoriza como *hogares agrarios*. Estos se componen en parte por *hogares de agricultura individual*, donde la explotación la lleva un solo autónomo, empresario, o cooperativista (214.060 hogares en 2014). La otra parte la forman los *hogares propiamente agrarios*, donde un mínimo de dos personas trabajan en una explotación en la que al menos un miembro del hogar es titular (53.431 hogares en 2014). Hay que considerar, eso sí, que no son pocas las explotaciones familiares compuestas por varios hogares y que los asalariados suelen estar vinculados familiarmente con los titulares. En definitiva, la cantidad de hogares relacionados con

la actividad agraria es reducida. Aún así, la diversidad de modelos agrarios familiares existente conlleva ciertas dinámicas que, según las diferencias regionales, sí suponen influencias importantes en las migraciones.

La agricultura familiar, por lo general, se encuentra en situación de envejecimiento, masculinización y falta de renovación generacional, al igual que el resto del medio rural. Camarero (2014: 81) detecta que las familias con agricultor único, apenas retienen población joven. En cambio, los hogares con agricultura familiar, que se vinculan principalmente con la ganadería del noroeste y con la horticultura intensiva del sureste, sí son capaces de generar arraigo en los descendientes. El problema, de nuevo, es la fuerte masculinización de los que se quedan.

¿Por qué se dan estas dinámicas? A través de Entrena Durán y Jiménez Díaz (2014: 23) podemos relacionar directamente la diversidad actual de explotaciones con la necesidad de adaptación de la actividad agraria a los competitivos mercados globales donde reinan las compañías multinacionales, siendo destacable también la llegada de migrantes desde los flujos internacionales. No se pueden olvidar tampoco los importantes procesos de deslocalización de la agricultura hacia otros países. En definitiva, la diversidad procede de la *modernización* agraria.

Entrena Durán y Jiménez Díaz (2014: 28-31) apuntan desde su estudio realizado en el sureste español que la *profesionalización* de las explotaciones, con un enfoque técnico, intensivo, empresarial e incluso ecológico; constituye el principal factor de expulsión de la actividad agraria, lo que suele traducirse en expulsión del medio rural. Este proceso supone grandes inseguridades a las familias agrarias, ya que se enfrentan a constantes remodelaciones técnicas que normalmente requieren de considerables endeudamientos. En este contexto de incertidumbre, además existe fuerte dependencia de mano de obra externa inmigrante y la explotación se separa de la familia. Por todo esto, los saberes dejan de transmitirse generacionalmente. Son las mismas

familias quienes desvinculan a la descendencia y en especial a las mujeres, a través de los estudios, de otras actividades laborales, o simplemente reservándolas el papel de “amas de casa”. Por otro lado, persisten con mayores dificultades las explotaciones que mantienen el vínculo entre explotación y familia, fijando población. Para ello, recurren al trabajo familiar intensivo y a una producción en masa dado que, por lo general, disponen de menos recursos para trabajar la explotación más ecológica y tecnológicamente.

Resulta interesante también acercarnos al otro polo donde más persiste la familia agraria, es decir, el Noroeste peninsular. A través del cuadro 1, podemos observar distintas estrategias de sucesión en explotaciones familiares, entre las que figura de forma persistente la expulsión. Cecilia Díez Menéndez (1999: 59-62) señala que las condiciones socioeconómicas del entorno determinan fuertemente la capacidad de acceso al empleo y a la formación, siendo esta última el recurso más valorado y el más conflictivo en el reparto dentro de las familias. La

resolución del conflicto se hace generalmente de forma sexista, orientando a las mujeres hacia la vía formativa. Son las madres quienes tratan de alejarlas de los roles de ama de casa o de ayuda familiar en pos de la independencia y de los estilos de vida urbanos. Si la estrategia no resulta exitosa, aún queda la baza del trabajo asalariado, aunque sea poco cualificado. Como último recurso, está la trayectoria matrimonial de desarraigo, en la que se evita que la pareja esté relacionada con actividades agrarias.

La expulsión masculina, por su parte, se asocia a explotaciones a tiempo parcial o modernizadas, al igual que en el Sudeste. Se da también a través de los estudios con el objetivo de separar familia y explotación, aunque en el caso estudiado por Díez Menéndez la situación de abandono escolar es grave, quedando los hombres relegados a puestos no agrarios de baja cualificación bajo el amparo de la familia. Hay que mencionar además los casos en los que la expulsión es irremediable por la imposibilidad de modernización, dándose situaciones en que se man-

Cuadro 1. Tipologías familiares para el tránsito a la vida activa de la juventud rural según tipo de familia y orientación familiar

<i>Tipos de familia</i>	<i>Orientación familiar</i>	
	<i>Trayec. de continuación</i>	<i>Trayec. de no continuación</i>
<i>Familia tipo A</i> Agricultura familiar moderna y ofertas formativas agrarias	Absorción masculina Absorción femenina	Expulsión Estudiante Matrimonial de desarraigo
<i>Familia tipo B</i> Agricultura de subsistencia y escasa oferta formativa	Sucesión afectiva Femenina de retorno Trayectoria puente	Expulsión Estudiante Matrimonial de desarraigo
<i>Familia tipo C</i> Agricultura de campesinos mineros y con ofertas de formación no reglada		Nostalgia Matrimonial de desarraigo Estudiante
<i>Familia tipo D</i> Agricultura a tiempo parcial y concentración de ofertas formativas	Absorción masculina Absorción femenina Femenina de retorno	Matrimonial de desarraigo Expulsión Estudiante

Fuente: Díez Menéndez, 1999: 55

tiene un gran apego hacia la explotación causando así sensaciones de nostalgia y desarraigo.

Para la autora, las trayectorias verdaderamente importantes son las de continuación, ya que su configuración determina qué personas quedan excluidas. Para este trabajo, además, resulta especialmente interesante conocer qué factores son capaces de fijar población en el medio rural. Así, la absorción masculina es paulatina, de forma que al sucesor se le ofrece como una opción laboral digna y deseable, a la par que se dan pautas de expulsión hacia los demás descendientes. La sucesión se suele dar a partir del abandono de los estudios, pidiéndose al sucesor la progresiva toma de responsabilidad y que lleve la explotación hacia la modernización. Aun así, esta sucesión puede ser afectivamente forzada a pesar de las limitaciones de la explotación, haciendo que estas personas sean poco deseables en el mercado matrimonial y que el ciclo de reproducción familiar (y también social) acabe ahí. Por ello, a veces se emplea una trayectoria puente en la que se mantiene el vínculo agrario familiar pero se complementa la actividad agraria con trabajo asalariado.

Para el caso de las mujeres, Díaz Menéndez señala que si asumen la explotación agraria familiar es normalmente por la ausencia de hermanos varones. Por lo general, no son consideradas ni por la familia ni por ellas mismas como sucesoras. Este estudio de 1999 recoge con mayor frecuencia la vinculación al sector agrario vía matrimonio ya sea en calidad de ayuda familiar o de “ama de casa”. También García Sanz (2004: 112) señalaba ya entrado el siglo XXI que a pesar de los esfuerzos que las mujeres han realizado para modernizar sus explotaciones, su presencia no es decisiva en este aspecto, además de que todavía carecen de autonomía plena en ellas. Díaz Menéndez añade una última trayectoria en la que la mujer de familia agraria permanece en el medio rural. Apunta hacia un retorno de mujeres solteras que ya han consolidado su independencia urbana con el fin de cuidar algún familiar o a la familia en su conjunto tras un suceso dramático. Para estas mujeres, esta situación se plantea como algo temporal aunque pueda alegrarse en el tiempo. Con esto, la

autora esto confirma la percepción de que la independencia en el medio rural sólo se da a las mujeres a través del matrimonio.

6.2. Actividades no agrarias y sus dinámicas de género

Las dinámicas internas de las familias agrarias son altamente interesantes ya que influyen profundamente en los valores migratorios y se extienden en cierta medida hacia el resto de la población rural. Aun así, los altísimos niveles de *commuting* analizados en el apartado 3.3 de este trabajo hacen necesario prestar atención a otro tipo de actividades económicas para indagar acerca de *quién se queda*. García Sanz (2004: 110-118) y Millán Vázquez et al. (2017: 156-180) muestran que el espectro en el que se mueven los hombres es importante, trabajando además de en la agricultura, en los sectores de la construcción, de la industria y de los servicios. Para la mujer, la oferta de empleo es más escasa, limitándose a la industria y a los servicios, habitualmente en los puestos menos valorados. Una ilustrativa contradicción a este respecto es que las mismas mujeres reconocen que hay amplia demanda en la atención a los mayores, pero la valoración social de esta actividad, que todavía se relaciona con el concepto de “servir”, genera gran rechazo. Por otro lado, a pesar de los mayores niveles de formación de las mujeres, todavía es difícil obtener puestos de responsabilidad y la brecha salarial es considerable, lo que puede interpretarse como una infrautilización de sus capacidades. Hay que añadir que para el trabajo asalariado de la mujer, el *commuting* es crucial, dándose hasta en un 50% de las mujeres ocupadas en el medio rural (Millán Vázquez et al., 2017: 175). Es por esto que Camarero (2017: 28) da especial importancia a la capacidad de conexión del medio rural para fijar mujeres, que por su inserción más profunda en cadenas de cuidados a niños y dependientes se encuentran en situaciones más complejas en cuanto a su capacidad de movilidad.

El aspecto más dinámico e innovador, tanto para García Sanz como para Millán Vázquez et al., lo aportan las mujeres a la hora de emprender en el

sector servicios, sobre todo en hostelería, limpieza y comercio. Las mujeres rurales que se auto-emplean tienen una formación elevada y suelen haber vivido fuera del pueblo, aunque sí es cierto que la clase social es importante en este sentido, ya que su familia suele haber tenido experiencia empresarial previa. Al mismo tiempo que esto sucede, las cargas familiares les suponen un freno para el emprendimiento, como también lo es una renta familiar elevada. Esto se debe a que sus ingresos se consideran complementarios, no principales, lo que explica además que el tamaño de sus empresas sea muy pequeño.

Se ha ido constatando que el aspecto familiar sigue muy presente en la división sexual del trabajo para el mundo rural. Analizamos ahora la figura de “ama de casa”, que para García Sanz (2004: 110-111) tiene una vigencia considerable. Señala a través de la autoubicación de las mujeres rurales en la EPA que muchas de ellas, “aunque trabajen fuera de casa; aunque estén dadas de alta en la Seguridad Social; aunque sean titulares de un negocio, de una empresa familiar o de una explotación explotación agraria son ante todo amas de casa y, como tales, están obligadas a realizar las tareas inherentes a esta función”. Así, se dan las situaciones que hemos ido comentando, en que algunas mujeres permanecen en los pueblos con vistas únicamente a ejercer esta función, en las que el trabajo remunerado no se observa como un signo de promoción e independencia, en las que los ingresos se asumen como complemento salarial, etc. Para este caso el factor de la edad es crucial, ya que las más jóvenes o bien reaccionan con rechazo directo (y emigración) o bien son capaces de escapar de estas dinámicas. En cambio, las mujeres de mediana edad y más mayores, sienten más el peso de esta concepción social y acumulan mayores responsabilidades en cuanto a cuidados se refiere

De nuevo, hay que aplicar una perspectiva global para entender mejor esta situación. Federici (2004: 30-31) apunta que es condición necesaria del capitalismo moderno apropiarse el cuerpo femenino para el Estado y el patriarcado, de forma que actúe como un medio de reproducción y de acumu-

lación del trabajo al que no se retribuye socialmente. Así, necesita de la *familia nuclear*, en la que la mujer se aleja del trabajo remunerado quedando en posición de dependencia con respecto al hombre. Su papel corresponde al de *ama de casa* y su labor consiste en el mantenimiento y reproducción de la familia, que es la fuente potencial de fuerza de trabajo. Merece la pena mencionar que es también el capitalismo global el que presiona indicando quien debe habitar el medio rural español. Así, se disparan las dinámicas de expulsión en el seno de las mismas familias. Es ahora cuando podemos entender la fuente de la relación entre la modernización del medio rural en clave de capitalismo global competitivo con la desfamiliarización de las explotaciones agrarias y con la importancia de la figura de *ama de casa* para las mujeres que permanecen.

Frente a esta posición desventajosa, también hay que poner en valor las numerosas resistencias que surgen a través de la participación política y el asociacionismo. García Sanz (2004: 116-117) apuntaba ya hace tiempo a su incipiente implicación en la política municipal, pero sobre todo al auge de las asociaciones de mujeres rurales. Es de vital importancia que, a la par que visibilizan los problemas y las capacidades de estas mujeres, se centran sobre todo en materias como la educación, la sanidad y la atención a los mayores. García Sanz plantea que están reconstruyendo lazos perdidos tras la caída de las cofradías y hermandades religiosas que en un pasado no tan lejano gestionaban actividades de cuidados de forma comunitaria. Esto es importante ya que precisamente, desde la economía feminista, Federici (2017) señala que en lo que precisamente se debe trabajar es en construir nuevas formas de cooperación en la reproducción social a través de la comunidad. Esto implica ir más allá de la reivindicación del trabajo asalariado para la mujer, que siempre se vería lastrado por la actividad reproductora. En vez de apartarse de ella, sería esta última la que habría que situar como centro de la sociedad, pasando a reivindicar, por ejemplo, aspectos relacionados con la maternidad y la crianza. Para el caso concreto del medio rural español, es Camarero (2017: 33) quien señala que para atajar los desajustes demo-

gráficos “tenemos que cambiar nuestro foco desde el desarrollo económico a la comprensión de la *economía de cuidados*”.

6.3. Estrategias familiares de migración en población “inmigrante”

Ya hemos señalado la importancia de la inmigración internacional hacia el medio rural por formar la mayor parte de los nuevos residentes y por sus características sociodemográficas. El componente familiar también es aquí de vital importancia y, al igual que para el resto, se configura con respecto a un sistema capitalista global donde la crisis de 2008 está muy presente. A través del análisis de Camarero y Sampedro (2019), todavía en curso, encontramos gran diversidad en las estrategias familiares de inmigración según procedencia. En primer lugar apuntan que la permanencia en el medio rural es contemplada como una fase, estando asociada la reagrupación familiar en mayor medida al medio urbano. Hay que distinguir que son las poblaciones marroquí, búlgara y rumana quienes más presentes están en el medio rural por su relación con el trabajo agrario y la construcción. Además, su procedencia es habitualmente rural. Los europeos, por su parte, emigran en conjunto familiar y tienen alto nivel de endogamia ya en España, siendo su inserción laboral también desde el grupo familiar. Con respecto a Marruecos, suele llegar primero un hombre ya con familia, que pasa períodos largos en soledad hasta que gana estabilidad y consigue traer la familia entera. Para latinoamérica, existe una gran feminización porque su nicho está en el sector servicios, posiblemente por el idioma. Es importante la figura de la madre soltera que acaba encontrando una nueva pareja en España, frecuentemente un hombre español.

La crisis de 2008 ha supuesto un gran freno a estos grupos. Camarero y Sampedro (2019) apuntan a un mayor deterioro de las oportunidades laborales en el medio rural que en el urbano, interrumpiendo el proceso de repoblación liderado por la inmigra-

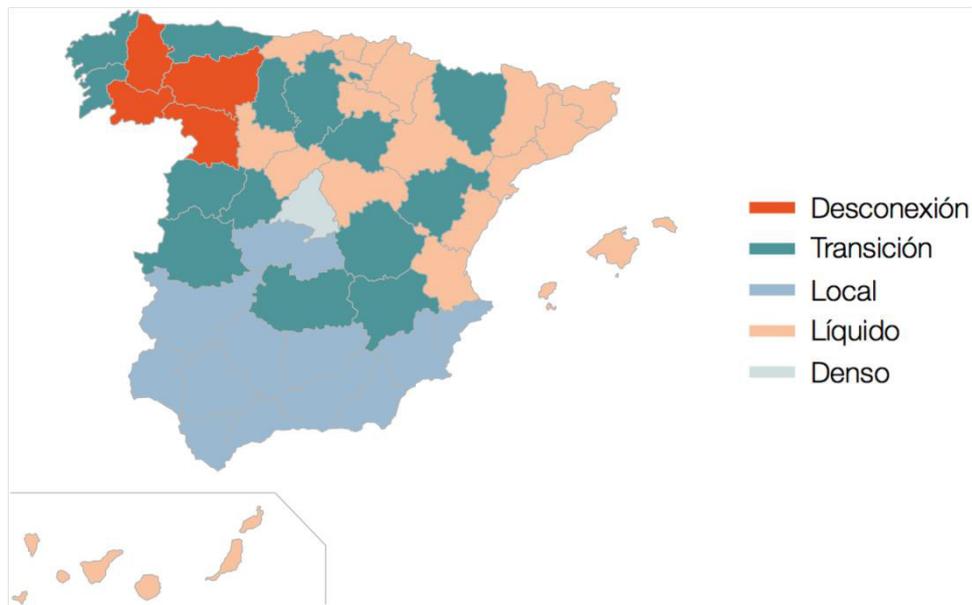
ción internacional. Aún así, el balance migratorio para este grupo llega a estabilizarse en poblaciones menores a 10.000 habitantes e incluso muestra un ligero incremento, cuando la población española sigue marchándose. Son los europeos quien más se han marchado, deteniendo la llegada de más familias. Esto puede deberse a que una seguridad jurídica mayor con respecto a su estatus administrativo les da mayor facilidad de movimiento, lo que beneficia también a las personas de latinoamérica. En cualquier caso parece que ha habido procesos de reagrupamiento importantes en este último grupo, habiéndose marchado los hombres solteros. El grupo de marroquíes es el que ha permanecido en mayor medida, a pesar de su menor presencia cultural, su estereotipación y su precariedad en el medio rural. Para los autores, esto indica que las estrategias familiares de inmigración y las pautas de empleo determinan la permanencia en mayor medida que la cercanía cultural. Serían de especial importancia elementos capaces de satisfacer las necesidades de la reproducción y el cuidado del grupo familiar, como lo son el acceso a la educación, a la sanidad y a la vivienda, además de la capacidad de conciliar vida laboral y familiar.

Todo esto implica que la integración no es en sí necesaria en las estrategias de inmigración, pero la ruptura del paisaje social y el imaginario rural sí generan un importante conflicto social. Para Camarero y Sampedro (2019) la diversidad cultural resultante de la inmigración es un gran activo del medio rural con muchas potencialidades, a la par que su gestión supone un gran reto para la sostenibilidad social.

VII. LA DIVERSIDAD DEL MEDIO RURAL

A partir de todos los elementos analizados, Camarero et al. (2009: 41-49) diseñan una interesantísima tipología de hábitats rurales en España, que observamos en el siguiente mapa.

Mapa 2. Modelos de ruralidad



Fuente: Camarero et al., 2009

Encontramos en primer lugar el modelo de *desconexión*, asociado a un altísimo envejecimiento y a una pobre base generacional, donde la generación soporte estaría muy mermada y ampliamente masculinizada. Las localizaciones donde este modelo se da son remotas y siguen ancladas a la explotación agraria familiar. Para los autores constituye “una ruralidad desconectada no solo por la situación remota, sino también por no encontrar un lugar adecuado a nuevos modos de desarrollo” (Camarero et al, 2009: 46). Esto puede llevar a pensar que la persistencia del sector agrario en estas áreas lastra la reconversión económica, aunque también se puede observar desde otro punto de vista, en el que el sector agrario es la última baza a la que un área desconexa se aferra ante la escasez de alternativas, siendo el único elemento capaz de mantener población en determinadas zonas. Para estos casos, el elevado grado de desconexión hace necesario el commuting para que los pobremente desarrollados mercados laborales puedan seguir funcionando. En definitiva, este modelo de hábitat continúa en plena recesión,

no consigue atraer población y sigue basándose en la economía agraria.

El modelo de *transición* se daría en el interior de la peninsular y, a nivel demográfico, se diferencia del anterior por el dinamismo que aporta una generación soporte voluminosa, que se encarga también de atender la dependencia y en especial la relacionada con el envejecimiento. En este caso, no se da la llegada de nuevos residentes, pero sí existe un proceso de reconversión económica en los que las localidades juegan un papel relevante según sus posibilidades. Habría, por tanto, convivencia entre actividades agrarias, commuting y las otras actividades. El principal problema aquí es la masculinización, que merma la sostenibilidad social cada vez en mayor medida.

En el sur, principalmente, se desarrollaría el modelo *local*. Para este caso se da la existencia de una amplia base generacional junto con un mejor envejecimiento, lo que se debería a los mayores niveles de fecundidad por motivos culturales. Ade-

más, el equilibrio de género en este caso es notable, sobre todo en edades jóvenes e intermedias. Este modelo se denomina local porque los municipios se sostienen de forma más autónoma, lo que se percibe en la capacidad de atracción de nuevos residentes y en el bajo grado de commuting.

El modelo *líquido* supondría el modelo opuesto al de desconexión, de forma que existe alto grado de interrelación entre asentamientos, se le puede considerar un territorio difusamente conectado. Recordamos aquí la reflexión acerca de la coincidencia entre áreas menos deprimidas y la articulación difusa pero conexa de un territorio. En este caso el commuting es muy elevado debido a las “nuevas actividades diseminadas por el territorio (centros comerciales, mantenimiento de infraestructuras, gestión medioambiental, polígonos de logística)” (Camarero et al., 2009: 48). Esto junto con la gran capacidad de atracción de población indica que este medio se encuentra integrado en la actualidad socioeconómica del país. La masculinización en este caso, sería muestra de la heterogeneidad dada por la inmigración. Esta última engrosaría la generación soporte, aunque en este caso dicha generación no sostiene la actividad local ni la dependencia por estar más desconectada. Por último, encontramos el modelo *denso* de estructura, que refiere al caso extremo de estructura líquida. Fundamentalmente, es el área que rodea la corona metropolitana de Madrid. En este caso la gran “presión de los nuevos residentes convierte las áreas rurales en un paisaje patrimonio de las generaciones activas y jóvenes” (Camarero et al., 2009: 48). Parece oportuno hacer un inciso en el concepto de *patrimonio*, que refleja la influencia social realmente significativa de estos nuevos residentes. En este caso, la generación soporte sí es dinámica y soporta la dependencia con la que mantiene lazos familiares, que es la generada por su descendencia.

VIII. CONCLUSIONES

Hemos empezado con un mapa, el de Sergio del Molino, que ilustra literariamente una situación de

división radical. A través de sus fronteras, crea de nuevo dos Españas, dentro de una larga tradición de divisiones duales en el país. Desde aquí se ha optado por el análisis de las migraciones, atendiendo estas como un movimiento humano que es puesto en marcha desde todos los puntos de la sociedad, a la vez que también es capaz de influir fuertemente en ella. Así, hemos llegado al último mapa, que nos trae una realidad mucho más compleja, diversa y completa.

Tal vez haya sido necesario apelar a nuestra “patriótica dualidad” y poner así, por fin, el foco mediático en la desigualdad demográfica del país. En cualquier caso, para llegar a una comprensión más profunda del asunto y, sobre todo, para actuar sobre él, es necesario comprender los importantes matices que la sociología rural española nos ha ido dejando. Más allá, incluso, esta disciplina nos está indicando que es necesario hacer varios cambios de plano.

Dado el contexto actual, Camarero (2017: 25) nos lanza a la reflexión que “no se trata de saber quién se va, sino de quién se queda. ¿Por qué sigue habiendo pueblos?”. Una respuesta que él mismo se da es que “los pueblos están vivos porque sus habitantes pueden moverse”, respuesta fruto de la desagrarización, de los tipos de urbanismo, de la masculinización, de la llegada de migrantes internacionales, de la estacionalidad o de la importancia de los cuidados. Nos encontramos ante ruralidades emergentes y muy diversas, en las que tanto los actores nuevos como los viejos tienen papeles renovados. Está en juego el protagonismo social de los distintos colectivos.

En este contexto, no podemos olvidar las particularidades de lo local. De hecho, el mapa de modelos de ruralidad no está perfectamente delimitado. En el caso de Segovia, por ejemplo, los autores (Camarero et al., 2009: 44) nos cuentan que algunas áreas, probablemente las más cercanas a Madrid, tienen hábitats densos y el resto encajan más en el modelo de transición. Es probable, incluso, que en el entorno de una cabecera comarcal haya pueblos más conectados que otros, de forma que distintos

tipos de modelos puedan convivir en un territorio reducido. Pero por otro lado, ya nos advertían Giner y Salcedo en 1976 de que casi todas las tendencias hoy en día tienen un importante componente global. En la división internacional del trabajo, a España le toca ser un chiringuito de playa, al igual que el medio rural español se reserva a la función residencial y, en otros casos, al extractivismo.

La pregunta es ahora otra: ¿Para qué queremos nosotros nuestros pueblos? Cada uno tendrá su respuesta, pero desde aquí parece necesario defender la riqueza patrimonial que las diversas culturas del medio rural español mantienen viva. Una preciosa ermita románica en medio de Soria no es sino una ruina fácilmente expoliable, a no ser que exista una comunidad que la ponga en valor y la incruste en el sentido de su ser de una forma u otra. Estas mismas dinámicas también se observan cuando en poblaciones mayores se dan importantes procesos de *sustitución*, ya sea por neorrurales, por inmigrantes; o cuando la vida de un pueblo se reduce a unos meses. Incluso, la misma población autóctona de un área rural puede desechar su riqueza cultural en aras de elementos urbanos distribuidos a nivel global. Ibáñez (1991: 99) ya señaló hace tiempo que “los mensajes van de la ciudad al campo” y con ello le da forma. Parece claro aquí que, de nuevo, los problemas no manan del número de habitantes sino de las dinámicas del capitalismo global. En tanto que el medio rural español queda desamparado cuando compite en términos de producción, Ibáñez apuesta por la seducción desde la cultura. El objetivo es mantener las culturas rurales en evolución, que no queden sustituidas ni paralizadas. Este cometido es algo que hay que atajar desde el ámbito *glocal* en clave de *resistencia* y que queda grande para el Estado, además de fuera de sus intereses. Requiere de la capacidad de *autogestión* característica de las culturas de baja densidad de población.

En definitiva, parece claro que considerar la despoblación como el problema fundamental de la España Vacía se queda corto. Bastantes pueblos, ciertamente están al límite en cuanto a efectivos, pero el reto más grande del medio rural es adaptarse

al nuevo contexto mundial desde las desigualdades en las que se ve inmerso, pero también desde sus potencialidades. Este reto no es ya cosa de la España Vacía, sino más bien de la *España Vacuada* (Teruel Existe, 2019), la que tiene voluntad de mostrar que su desventajosa situación demográfica es fruto de un cúmulo de elementos político-sociales; la que pretende trabajar por el sostenimiento de la vida en los pueblos más allá de la dependencia hacia la generación soporte o de la mera absorción por las grandes metrópolis. La España Vacuada, entendiéndola como una amplia y activa red, puede llegar a tener verdadero impacto si actúa desde la diversidad en la que el medio rural español está inmersa, más allá de la dualidad vacío-lleño.

IX. BIBLIOGRAFÍA

Camarero, L.A. (1993): *Del éxodo rural y del éxodo urbano. Ocaso y renacimiento de los asentamientos rurales en España*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

Camarero et al. (2009): *La población rural de España. De los desequilibrios a la sostenibilidad social*, Barcelona, Fundación la Caixa.

Camarero, L.A. (2017): “Por los senderos de la despoblación rural: Notas desde la diversidad social”, *Documentación social*, 185, pp. 19-35

Camarero, L.A. y Sampedro, R. (2019): *Despoblación y ruralidad transnacional: Crisis y arraigo rural en Castilla y León*, inédito. [Borrador compartido vía e-mail el 10 de mayo de 2019] *
Nota: Al ser un trabajo inédito, no está numerado, por lo que las citas textuales no incluyen número de página

Del Molino, S. (2016): *La España Vacía: Viaje por un país que nunca fue*, Madrid, Turner Noema.

Díaz-Méndez, C. (1999): “Estrategias familiares para el tránsito de la vida activa de la juventud rural: modelos de inserción socio laboral”, *Re-*

vista Española de Investigaciones Sociológicas, 85. pp. 47-65

Entrena-Durán, F. y Jiménez-Díaz, J.F. (2014): “Valores y estrategias de los agricultores familiares de invernadero del sudeste andaluz”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 147, pp. 21-52

Federici, S. (2004): *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid, Traficantes de Sueños

Federici, S. (2017): “Comunes y comunidad ante las desposesiones del neoliberalismo”, en *Luchas y alternativas para una economía feminista emancipatoria*, Asunción (Paraguay), Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Articulación Feminista Mercosur y Centro de documentación y Estudios. Disponible en web: <https://www.youtube.com/watch?v=YwPPySs5KAs> [Consulta: 26 de Mayo de 2019]

García-Sanz, B. (2004): “La mujer rural en los procesos de desarrollo de los pueblos”, *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, 55, pp. 107-120

García-Sanz, B. (2013): “En defensa de la sociedad rural: la movilidad entre lugar de residencia y

lugar de trabajo”, *Encrucijadas, revista de ciencias sociales*, 6, pp. 26-29

García, M. y Otero, R. (2012): “Transición territorial: modelo teórico y contraste con el caso español”, *Revista española de investigaciones sociológicas*, 139, pp. 133-162

Giner, S. y Salcedo J. (1976): “Un vacío teórico: la explicación causal de la migración”, *Agricultura y sociedad*, 1, pp. 113-126.

Ibáñez, J. (1991): “Comunicaciones entre los pueblos y la ciudad”, *Política y Sociedad*, 8, pp. 95-100

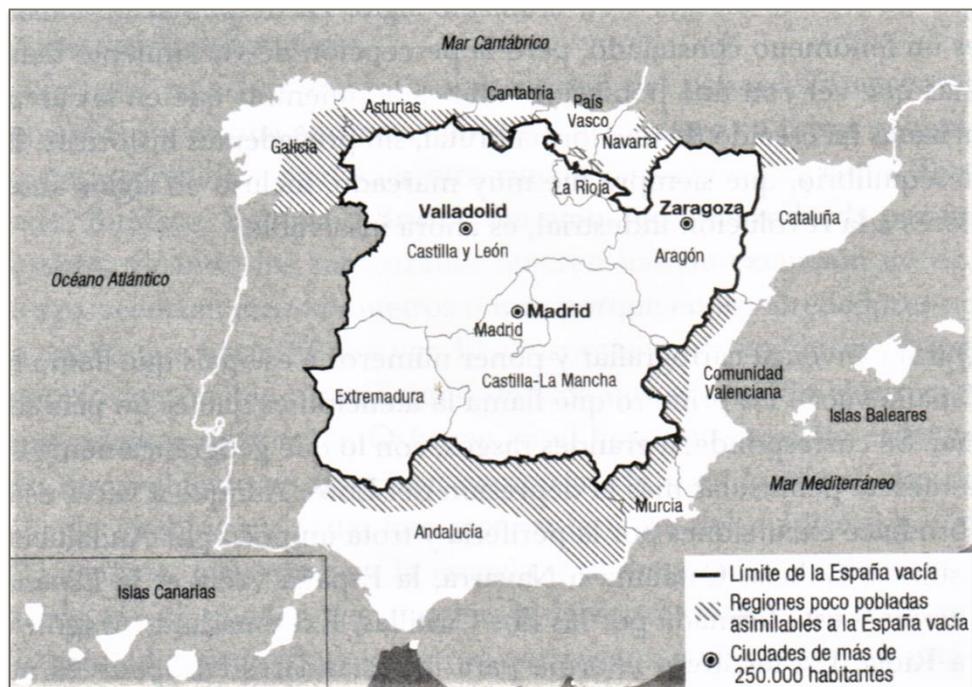
Millán-Vázquez et al. (2017): “El emprendimiento de la mujer rural española: Análisis de la brecha salarial. Una realidad difícil de solucionar”, *Papeles de Población*, 92, pp. 151-183

Teruel Existe (2019): *Manifiesto Revuelta España Vacía*. Disponible en web: <https://teruelxiste.info/manifiesto-revuelta-espana-vaciada/> [Consulta: 3 de Mayo de 2019]

VV.AA. (2019): “Mesa redonda” en *Jornadas sobre despoblación y cultura tradicional*, Segovia, Instituto de la Cultura Tradicional Segoviana Manuel González Herrero, 3 y 4 de Mayo

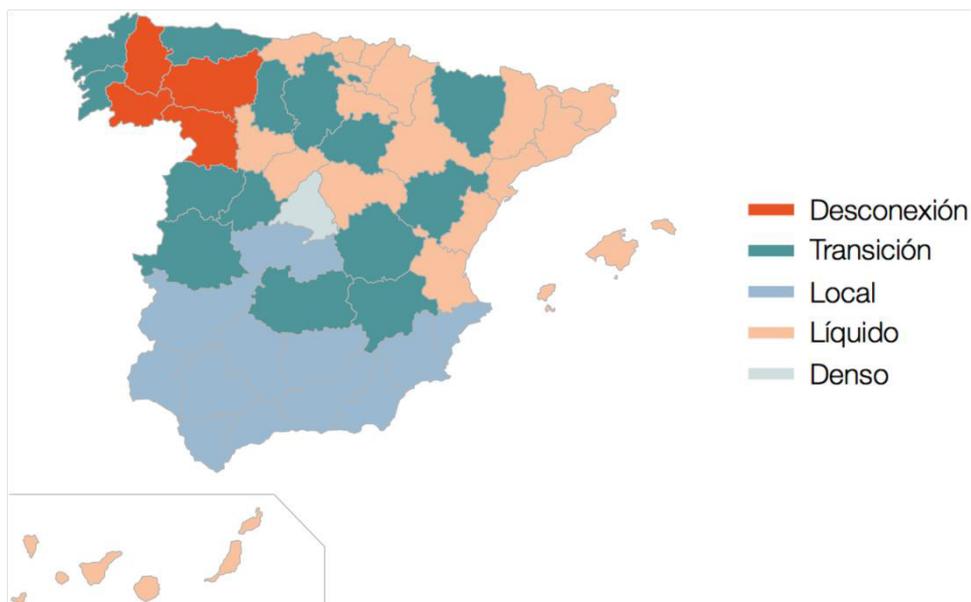
X. ANEXO

Mapa 1. La España Vacía



Fuente: Del Molino, 2016: 38

Mapa 2. Modelos de ruralidad



Fuente: Camarero et al., 2009: 45

Tabla 1. Comparación entre superficie y porcentaje de población de España y de la España Vacía

	Superficie (km2)	% superficie	Población	% población
España	504.645	100	46.449.565	100
España vacía	268.083	53,12	7.317.420	15,75
España vacía*	-	-	4.636.050	9,98

*Sin capitales de provincia
Fuente: Del Molino, 2016: 39

Tabla 2. Saldo migratorio rural-urbano por tamaño de identidad

	Menores de 2.000	De 2.000 a 10.000	Mayores de 10.000
1950-60	-1.439.905	-432.279	+972.724
1960-70	-2.154.269	-909.412	+2.629.492
1970-81	-1.285.027	-757.412	+1.788.313

Nota: Solo población entre 10 y 64 años, en la fecha inicial
Fuente: Camarero, 1993: 195

Tabla 3. Ranking de movilidad general, rural y urbana entre residencia y lugar de trabajo, según Comunidades Autónomas en %. España, 2011

	General: Población móvil laboral entre población laboral residente	Rural: Población móvil laboral rural entre población residente rural	Urbanos: Población móvil laboral urbana entre población laboral urbana
Madrid	37,1	62,9	36,7
País Vasco	40,5	57,8	36,6
Cantabria	42,1	52,9	36,9
Cataluña	40,4	52,5	37,6
Navarra	44,1	47,6	41,4
C. Valenciana	34,2	46,4	31,6
Total	33,1	44,5	30,5
Canarias	27,4	44,2	25,7
Murcia	22,4	43,3	21,6
La Rioja	30,2	42,8	23,1
Castilla-La Mancha	32,3	42,3	25,5
Castilla y León	30,9	42,2	22,9
Galicia	32,4	39,2	30,0
Aragón	21,9	36,6	16,1
Andalucía	26,8	34,8	25,1
Asturias	29,0	34,4	28,3
Baleares	28,9	33,5	28,3
Extremadura	24,1	29,8	19,8

Fuente: García Sanz, 2013: 27

Tabla 4. Orientación de la movilidad laboral rural y urbana entre residencia y lugar de trabajo, según Comunidades Autónomas. España, 2011

	Rural-Rural	Rural-Urbana	Urbano-Rural	Urbano-Urbano
Andalucía	17,7%	82,3%	16,3%	83,7%
Aragón	38,3%	61,7%	59,9%	40,1%
Asturias	27,3%	72,7%	10,6%	89,4%
Baleares	25,6%	74,4%	10,6%	89,4%
Canarias	10,9%	89,1%	6,8%	93,2%
Cantabria	23,8%	76,2%	24,2%	75,8%
Castilla y León	30,2%	69,8%	55,0%	45,0%
Castilla-La Mancha	21,1%	78,9%	35,3%	64,7%
Cataluña	22,4%	77,6%	17,6%	83,5%
C. Valenciana	21,5%	78,5%	22,4%	77,6%
Extremadura	35,2%	64,8%	51,5%	48,5%
Galicia	20,9%	79,1%	14,0%	86,0%
Madrid	8,9%	91,1%	5,3%	94,7%
Murcia	7,7%	92,3%	10,4%	89,6%
Navarra	34,4%	65,6%	49,4%	50,6%
País Vasco	25,6%	74,4%	32,1%	67,9%
La Rioja	34,6%	65,4%	80,0%	20,0%
Total	23,0%	77,0%	18,7%	81,3%

Fuente: García Sanz, 2013: 28

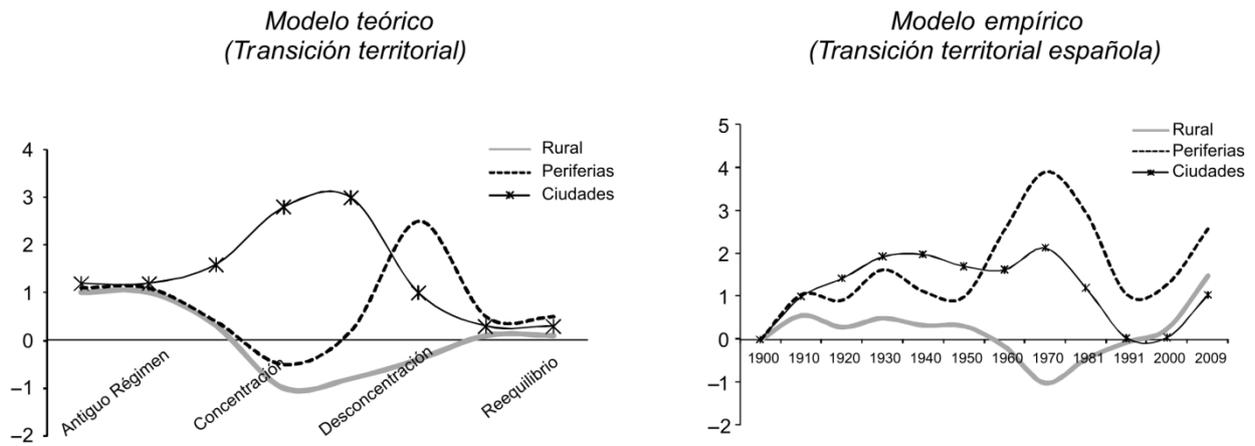
Tabla 5. Media de edad por tamaño de los municipios rurales en España

Tamaño de municipio	Media de edad
Menos de 101 hab.	57,78
De 101 a 500 hab.	52,67
De 501 a 1.000 hab.	49,15
De 1.001 a 2.000 hab.	47,62
De 5.001 a 2.000 hab.	44,71
De 5.001 a 10.000 hab.	43,08
De 10.001 a 20.000 hab.	42,55

Nota: El límite en 20.000 para municipios rurales se toma de Luis Camarero (Ver segundo párrafo de la página 11)

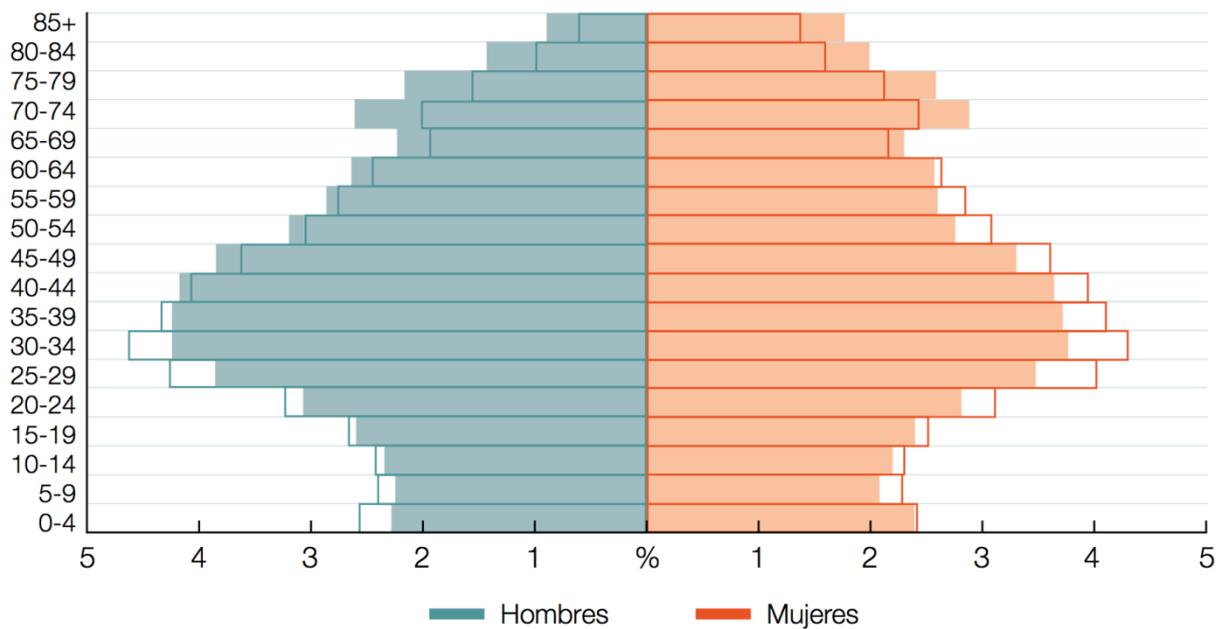
Fuente: Elaboración propia a partir de los datos provisionales de la Estadística del Padrón Continuo (INE) a 1 de Enero de 2019.

Gráfico 1. Comparativa entre modelo teórico de transición territorial y el caso español



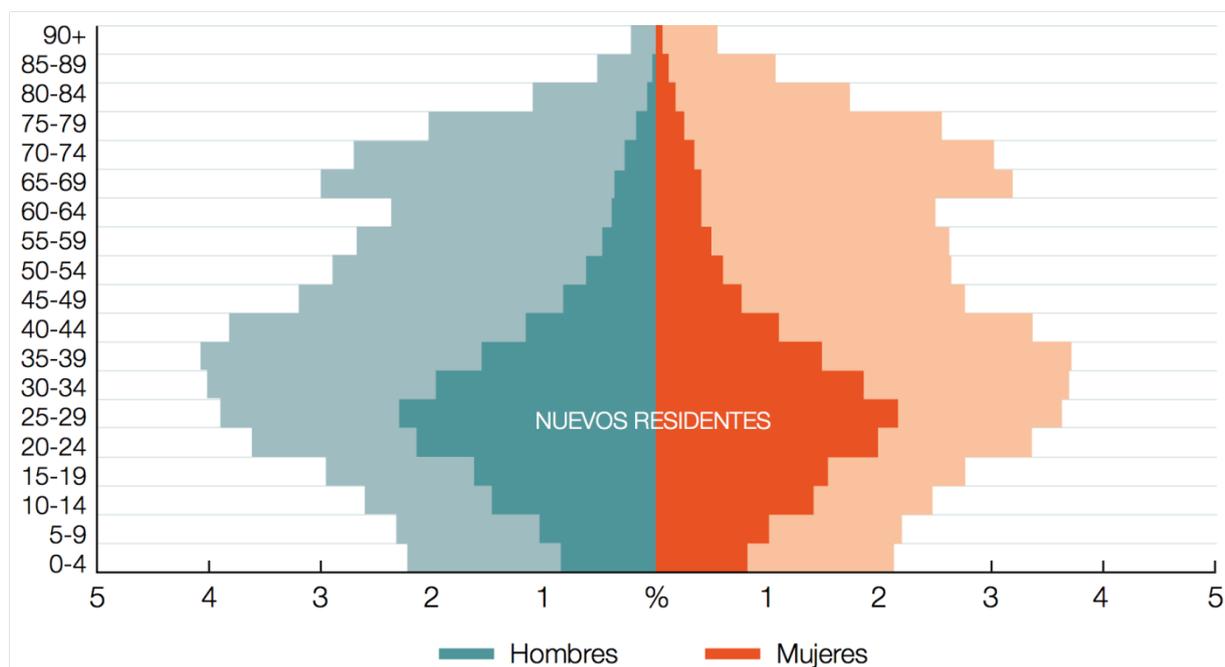
Fuente: García y Otero, 2012: 156

Gráfico 2. Población rural en 2007



Nota: La figura sin color es la estructura demográfica de España en su totalidad
Fuente: Camarero et al. 2009: 35

Gráfico 3. Descomposición de la población rural por origen, 2001



Fuente: Camarero et al., 2009: 36

Cuadro 1. Tipologías familiares para el tránsito a la vida activa de la juventud rural según tipo de familia y orientación familiar

<i>Tipos de familia</i>	<i>Orientación familiar</i>	
	<i>Trayec. de continuación</i>	<i>Trayec. de no continuación</i>
<i>Familia tipo A</i> Agricultura familiar moderna y ofertas formativas agrarias	Absorción masculina Absorción femenina	Expulsión Estudiante Matrimonial de desarraigo
<i>Familia tipo B</i> Agricultura de subsistencia y escasa oferta formativa	Sucesión afectiva Femenina de retorno Trayectoria puente	Expulsión Estudiante Matrimonial de desarraigo
<i>Familia tipo C</i> Agricultura de campesinos mineros y con ofertas de formación no reglada		Nostalgia Matrimonial de desarraigo Estudiante
<i>Familia tipo D</i> Agricultura a tiempo parcial y concentración de ofertas formativas	Absorción masculina Absorción femenina Femenina de retorno	Matrimonial de desarraigo Expulsión Estudiante

Fuente: Díaz Menéndez, 1999: 55